

ANDRAŽ ARKO
NATALIO SALUDES

URŠA SKOBERNE
LAURA SIMONE

Francisco

Nuestro Hermano



Texto original

Fray Andraž Arko

Dibujos

Urša Skoberne

Traducción y Adaptación al español

Laura Simone y Fray Natalio Saludes

A Coruña

© Založba Brat Francišek, Prešernov trg 4, Ljubljana, Slovenia, 2008

© Para España, Edizione Porziúncola, 2008

Primera edición. Diciembre 2008

Segunda edición. Enero 2012

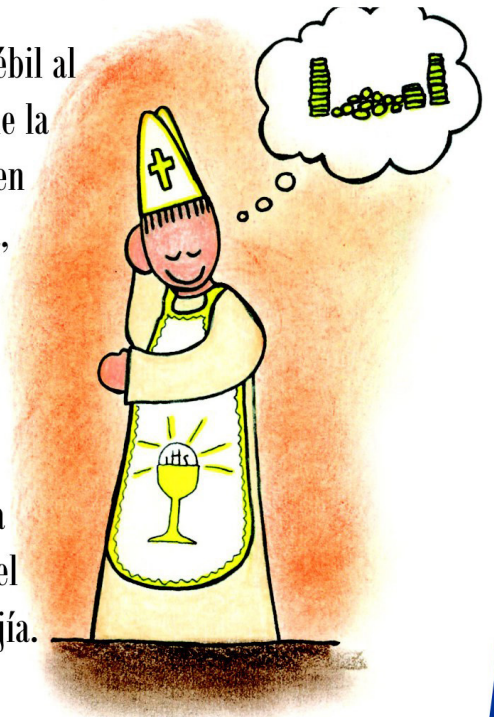


La Edad Media fue un tiempo de caballeros y trovadores, de ciudadanos y campesinos, de expansión económica, de victorias militares y de conquista de nuevas tierras.



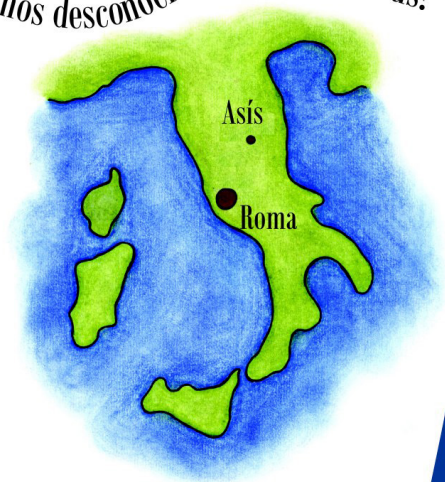
Fue una época en que la Iglesia era fuerte y débil al mismo tiempo. El Papa y otros altos cargos de la Iglesia empleaban la mayoría de sus esfuerzos en la búsqueda de poder, autoridad y riqueza, descuidando su principal misión: enseñar a las gentes y ayudarles a vivir el Evangelio de Cristo, el Señor.

Mucha gente buena intentó cambiar esta situación. Para conseguirlo algunos utilizaron la fuerza, separándose de las enseñanzas del Evangelio y llegando, incluso, a la herejía.



En definitiva, fue un tiempo de confusión. ¡Incluso algunos desconocían quién era Jesús!

Pero un día del año 1181, en una pequeña ciudad del centro de Italia, ocurrió algo que acabaría cambiando, no sólo la historia de esta ciudad, sino también la vida de muchos jóvenes del mundo entero. Aquella ciudad es Asís y allí...





...Nació un bebé cuyo padre, Pedro Bernardone, era un rico comerciante que, por asuntos de negocios, se encontraba en Francia en el momento del nacimiento del niño.

Su madre, Pica, escogió sola el nombre del niño:
Lo llamó Juan.

Cuando el padre regresó a casa, recibió con alegría la noticia del nacimiento de un hijo, pero no le gustó el nombre que la madre le había puesto.

¡Francisco!



"Juan, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".



Como homenaje a la tierra natal de su esposa - Francia - Pedro comenzó a llamar al niño 'Francesco', que significa 'pequeño francés', y todos los demás pronto siguieron su ejemplo.

Francisco fue creciendo con el amor y los cuidados de su madre. Por su parte, Pedro sólo deseaba para él una cosa: que su hijo llegase a ser un próspero comerciante y que llevara los negocios familiares cuando él se jubilase.





A medida que Francisco iba creciendo, colaboraba más con su padre en la tienda. Pedro estaba muy orgulloso de su hijo; Francisco se iba haciendo muy popular entre los clientes, gracias a su amabilidad y a su buena voluntad para ayudar a todos.



Pero al comerciante Pedro, que sabía administrar muy bien sus bienes, sólo una cosa le disgustaba de su hijo: malgastaba el dinero con demasiada facilidad. Cada vez que un mendigo venía a la tienda Francisco le daba algunas monedas.

Sin embargo, no le parecía mal cuando Francisco ofrecía fiestas a sus amigos, en las que comían y bebían sin medida; fiestas que solían acabar por las calles de Asís cantando y bailando hasta la madrugada.



No todo fue diversión. De repente, estalla una guerra entre Asís y la vecina ciudad de Perugia. Francisco, como muchos de sus contemporáneos, se alista en el ejército y parte para la batalla. Las fuerzas de Perugia eran superiores y ganaron la contienda. Los soldados derrotados fueron llevados a la cárcel, Francisco entre ellos.





A pesar de su situación, Francisco no se sintió fracasado. En todo momento, intentó animar y confortar a sus compañeros de prisión con su alegría y con su optimismo. Después de un año, los prisioneros fueron liberados y Francisco regresó a Asís.

Allí se reencuentra
con sus viejos

amigos y vuelve a sus fiestas de siempre. Su padre nunca le prohibió organizar nuevas fiestas, ni aunque en ellas se gastase mucho dinero; al contrario, le concedía a su hijo todos sus caprichos, y cuando Francisco se empeñó en llegar a ser caballero, Pedro le compró una magnífica armadura y todas las armas necesarias.



Y así fue como Francisco partió nuevamente para otra batalla, convencido de que sería un buen soldado y de que, más tarde, se convertiría en un noble caballero. Por entonces, el Conde Gentil estaba convocando en la ciudad de Espoleto, no muy lejos de Asís, a todos los soldados de la región. Hacia allí fue Francisco.

Llegada la noche, y a punto de quedarse dormido, escucha una voz.

¡Francisco!,
¿Quién te
puede
ofrecer más?
¿El Señor o
el Siervo?

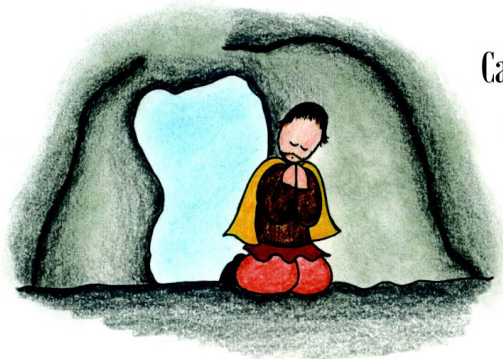
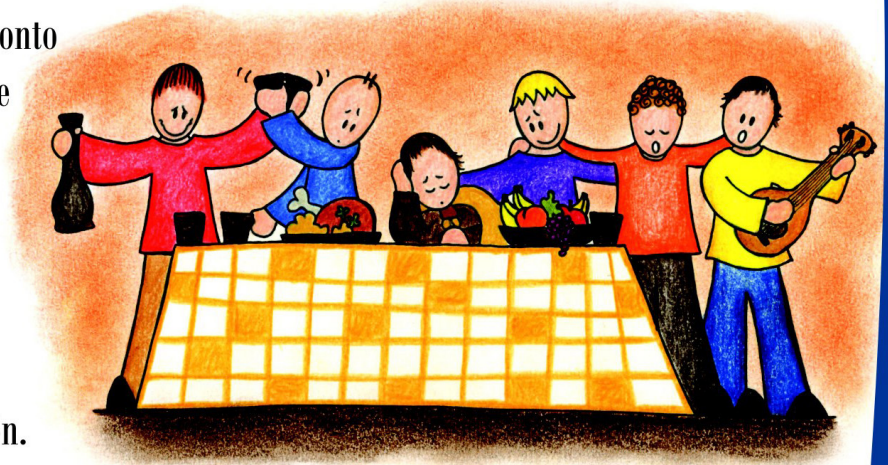
¡El Señor!

Entonces,
¿por qué
abandonas al
Señor y sigues
al siervo?



Al amanecer del nuevo día y con esa Voz aún en su mente, entrega su armadura a un soldado más pobre que él y regresa a Asís. Muchos se burlaron de él por volver a casa sin ser caballero ni haber luchado en ninguna guerra, pero Francisco los ignoraba.

Muy pronto retornó a su vida anterior de fiestas y de amigos... Pero desde aquel sueño en Espoletto, Francisco se sentía distinto, inquieto. La diversión y las fiestas dejaban vacío su corazón.



Cansado, abandona la compañía de sus amigos y busca la soledad en una gruta rocosa, situada más arriba de la ciudad. Allí ora en silencio.

Con el tiempo, Francisco deja de vestir ropas elegantes y de gastar dinero en fiestas y comienza a repartirlo entre los pobres con alegría.



Cuando Pedro Bernardone advirtió el cambio que había experimentado Francisco, se puso tan furioso que lo encerró en el sótano, convencido de que la locura de su hijo requería un castigo así de severo.

Pocos días después, Pedro abandona Asís por un viaje de negocios, y Pica, la madre de Francisco, movida por el amor a su hijo, le devuelve la libertad. Al instante, Francisco se va junto a los mendigos y se queda con ellos para ayudarles.



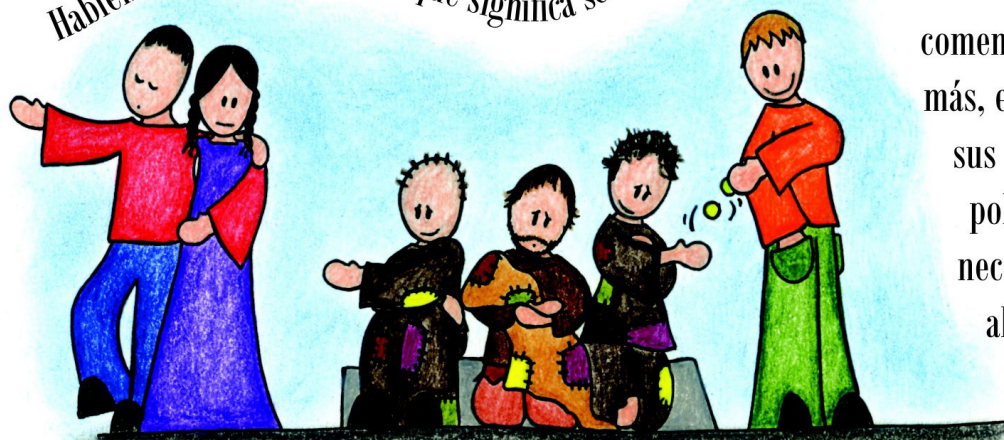
La inquietud que Francisco tenía en su corazón le mueve a

visitar la tumba del apóstol San Pedro, en Roma. Allí

Francisco quiso saber qué se siente siendo pobre y pidiendo limosna y, durante todo un día, intercambió sus ropas con las de un mendigo, se mezcló con los pobres y pidió limosna a los peregrinos que pasaban por allí.



Habiendo experimentado lo que significa ser pobre, indigente y despreciado y, ya de regreso en Asís,

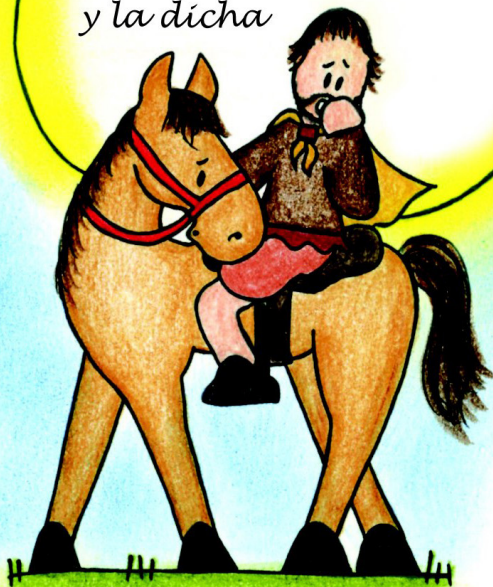


comenzó a pensar, cada día más, en abandonar su casa y sus riquezas para hacerse pobre. Al mismo tiempo necesitaba meditar y orar, ahora más que nunca.

Un día, mientras Francisco iba a caballo por los alrededores de Asís, advirtió la presencia de un leproso que se acercaba a él. Francisco se estremeció al instante, porque sabía que la enfermedad era muy contagiosa y tenía pavor.

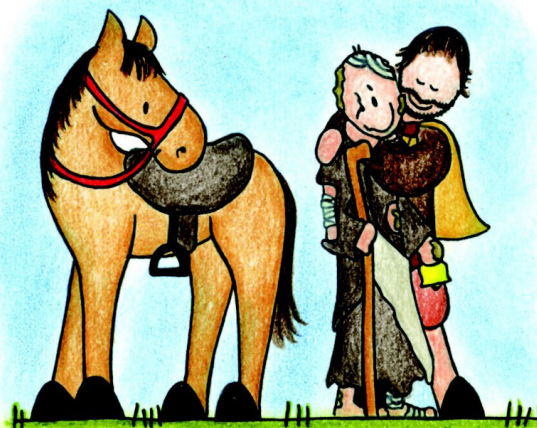


*Las cosas que te
parecían repugnantes
te traerán la felicidad
y la dicha*



Agarró fuertemente las riendas del caballo para huir pero en ese preciso momento oyó, otra vez, la misma Voz que había escuchado en Espoleto.

Con decisión, saltó del caballo y caminó lentamente hacia el leproso. El olor de las úlceras que éste tenía en todo su cuerpo se hacía más fuerte conforme avanzaba hacia él, pero se llenó de valor para no huir. Superó su repugnancia ¡y hasta le dio un abrazo!, besó sus manos deformadas y puso en ellas una moneda.

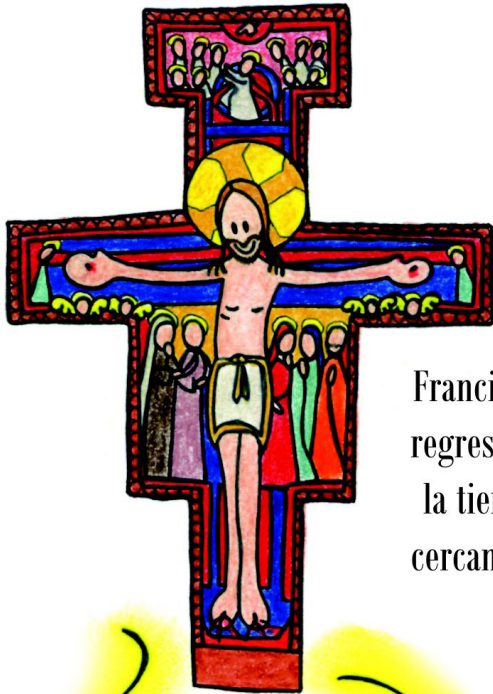


Este abrazo hizo que se sintiera inmensamente feliz. Tomó conciencia de que sólo conseguiría traer paz a su corazón y a su alma cuando se superase a sí mismo,

renunciando a sus deseos, a sus exigencias y hasta a sus propios proyectos. Y sólo así escucharía la Voz de Dios dentro de su corazón. Desde aquel día, Francisco comenzó a cuidar a los enfermos de una leprosería cercana a Asís, a la vez que dedicaba mucho tiempo a orar en el silencio de las grutas y capillas abandonadas, a las afueras de la ciudad.



Un día, mientras rezaba una oración delante de un gran icono de Cristo en la pequeña iglesia de San Damián, oyó, una vez más, la Voz del Señor en su corazón.



*Francisco,
ve y repara
mi casa.*

*Oh, Alto y Glorioso Dios,
ilumina las tinieblas
de mi corazón. Dame
fe recta, esperanza cierta
caridad perfecta,
sentido y sabiduría,
Señor, para cumplir
Tu voluntad.*



Francisco estaba tan impresionado por esas palabras que regresó a su casa, tomó un caballo y unas mercancías de la tienda de su padre, se fue al mercado de una ciudad cercana y lo vendió todo, ¡hasta el caballo! Con el dinero conseguido pensaba restaurar la ermita.



Mientras ocurría esto, su padre regresaba de su viaje de negocios y, al enterarse de que Francisco había vendido sus bienes, perdió totalmente la paciencia. Salió en busca de Francisco y lo llevó hasta la plaza de la ciudad, arrojándolo a los pies de Guido, el obispo de Asís.



De ahora en adelante, no diré más 'padre mío, Pedro Bernardone'

sino 'Padre Nuestro, que estás en los cielos'



Su intención era desheredar a Francisco para evitar que éste vendiese todas sus pertenencias. También exigió que le devolviera el dinero que había adquirido con la venta del caballo y de las mercancías.

Pero, entonces, algo inesperado ocurrió. Francisco se desnudó por completo, puso la bolsa del dinero sobre su ropa y se lo entregó todo a Pedro, renunciando a él para siempre.

Pedro Bernardone, que no esperaba una respuesta así, quedó desconcertado e inmóvil. El Obispo Guido, que había comprendido muy bien el gesto de Francisco, se acercó a él y lo cubrió con su manto.



A continuación le regaló una vieja túnica, que sería, en adelante, toda la riqueza personal de Francisco. Y así fue como quedó absolutamente libre para servir a su único Padre que está en los cielos.



A partir de entonces, Francisco se va a vivir a la iglesia de San Damián y comienza a reconstruirla. Algunos nuevos amigos que había hecho entre los mendigos acuden para ayudarlo.

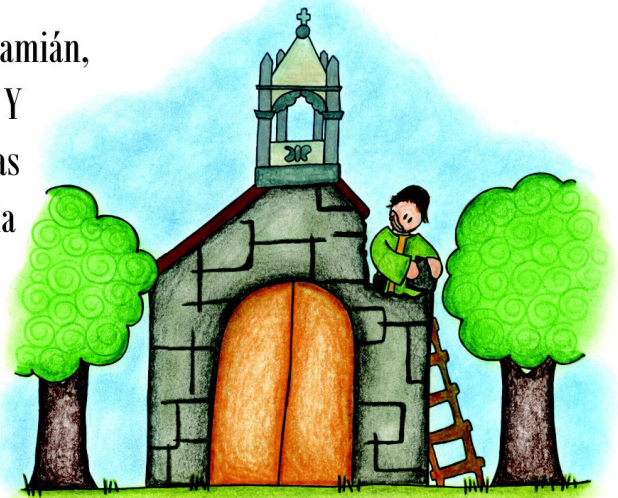


Los antiguos amigos, aquellos con quienes Francisco había celebrado tantas fiestas, estaban sorprendidos y no les gustaba el cambio que su amigo había experimentado. No podían creer lo que veían sus ojos cuando Francisco mendigaba comida de puerta en puerta.



“¡El hijo del rico mercader es ahora un mendigo!” Muchos de sus viejos amigos se reían de él; algunos, incluso, llegaron a creer que Francisco había perdido la cordura. Pero Francisco no se enfadaba con ellos.

Cuando termina de restaurar la Iglesia de San Damián, reconstruye la iglesia de San Pedro, en Asís. Y después, se va a vivir a una llanura en las proximidades de Asís, cerca de una vieja iglesia benedictina dedicada a Santa María de los Ángeles, también llamada la 'Porziuncola', esto es, 'la pequeña porción'.



“No toméis para el camino, oro ni plata, ni llevéis alforja para el camino; ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento”.

Lucas 9

Esta iglesia era la favorita de Francisco y puso un empeño especial en su restauración. En una ocasión, durante la fiesta del apóstol San Matías, Francisco asiste en ella a una eucaristía. Se siente interpelado por el Evangelio en el que Jesús envía a sus doce apóstoles a anunciar la Buena Nueva.

Descubre que el Señor le ha llamado, como un día hizo con los apóstoles, para ir por el mundo, sin nada propio, a anunciar el Evangelio.

*Esto es lo que quiero:
haré cuanto me sea
posible para vivir
según estas
palabras.*



Ahora, Francisco ya sabía lo que quería.

El restaurador de iglesias y ermitas se había convertido en un apóstol y heraldo del Evangelio de conversión y de paz. Se deshizo de sus zapatos, arrojó su cayado y su capa, vistió una túnica marrón con capucha, como las que usaban los campesinos del lugar, y se puso una cuerda a la cintura. Esta vestidura pasaría a ser el hábito de los frailes menores, de todos cuantos seguían los pasos de Francisco en su forma de vida.

*El Señor mismo
me pidió que viviera
según las palabras
del evangelio*



*Que el Señor
te dé la paz*



Desde aquel día, Francisco saludaba a todo aquel que se encontraba con estas palabras: “El Señor te dé la paz”. Los habitantes de Asís dejaron de burlarse de Francisco, y comenzaron a respetarle y a mirarle con admiración, porque ellos veían a Francisco más feliz que nunca.

Entre tanto, Bernardo de Quintavalle, un rico mercader amigo de Francisco, había regresado de las Cruzadas; al verlo, se sintió muy identificado con la nueva forma de vida que llevaba Francisco y deseaba unirse a él. Pero antes, Bernardo quería estar seguro de la sinceridad de Francisco. Lo invitó a su casa y le dio una cena abundante.





Tras la cena, Francisco fingió quedarse dormido pero en realidad estaba esperando a que Bernardo se durmiera. Entonces, se levantó y comenzó su oración. Pero Bernardo, al igual que Francisco, se mantenía medio despierto para ver qué hacía su amigo. Cuando vio que Francisco permaneció en oración durante toda la noche, decidió unirse a él.

Al día siguiente, mientras caminaban hacia una iglesia cercana, un joven abogado, de nombre Pedro Catani, se unió a ellos. Después de haber rezado juntos durante un momento, Francisco tomó el Evangelio y comenzó a leer en una página abierta al azar.

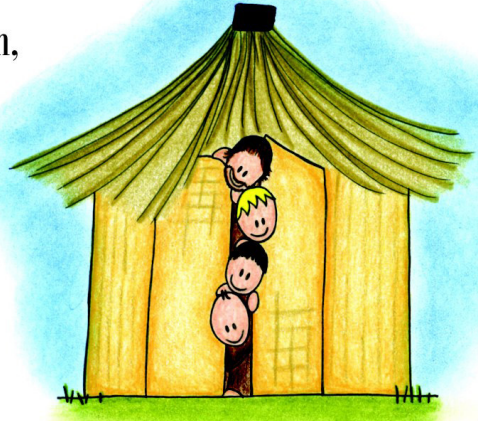


Cuando Bernardo y Pedro decidieron seguir los pasos de Jesús junto a Francisco, vistieron su misma túnica marrón y repartieron todos sus bienes en la plaza de Asís. Entre la multitud que se reunió para recoger las riquezas que éstos arrojaban al suelo se encontraba un sacerdote llamado

Silvestre, ávido de riqueza, que empujaba al gentío para hacerse con las monedas. Poco tiempo después Silvestre se arrepintió, abandonó todos sus bienes y se unió al grupo de Francisco.



Pronto muchos otros jóvenes se les unieron, atraídos por la simplicidad de la vida de Francisco. El cuarto compañero que llegó fue Gil, seguido de Sabatino, Morico y Juan.



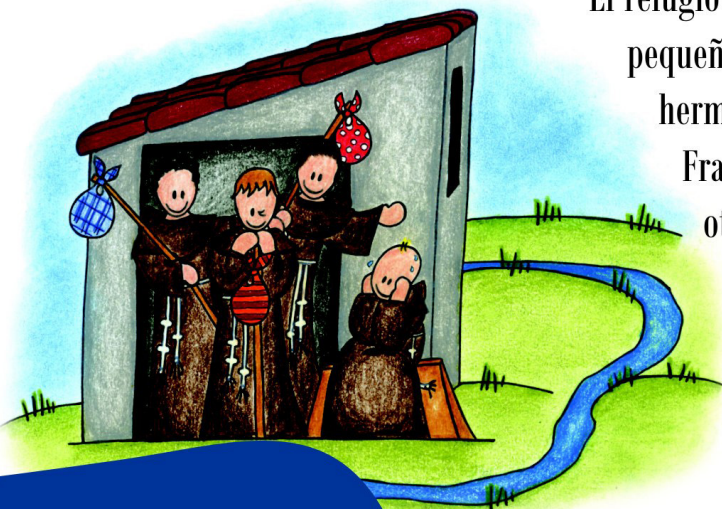
Todos ellos se fueron a vivir a una cabaña al lado de La Porciúncula, desde la cual partían cada mañana para ayudar a los campesinos en sus campos, para estar junto a los pobres y los leprosos y para anunciar el Evangelio.

Algunas gentes acogían voluntariamente a los hermanos y escuchaban lo que decían, pero otros los tomaban por vagos o ladrones y se burlaban de ellos. Llegaron, incluso, a golpearles, a tirarles barro y a robarles sus ropas.



El refugio de La Porciúncula pronto se quedó pequeño para el creciente número de hermanos que se iban uniendo a

Francisco, por lo que se trasladaron a otro refugio no muy lejos de allí, junto a una zona de meandros del río, que ellos dieron en llamar 'Rivo Torto'.



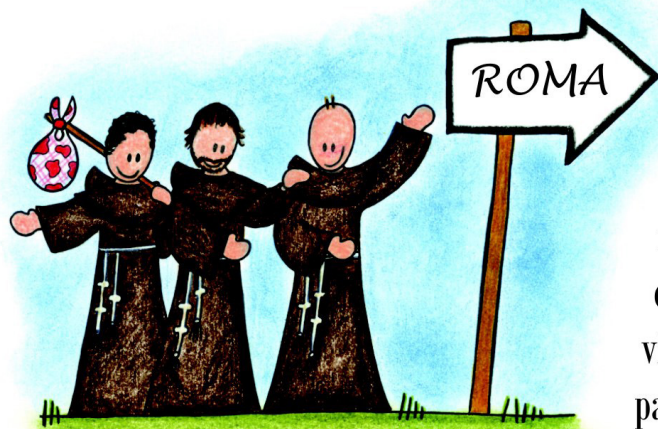
Tampoco este espacio era suficientemente grande para todos, aunque ellos sobrellevaban la pobreza y la carencia de cosas materiales con generosidad y amor. Y aunque la pobreza era muy dura en los días húmedos y fríos, Francisco sabía devolver el entusiasmo a los hermanos para perseverar en ese camino.



Todo iba bien hasta que, un día, un arisco granjero arrojó fuera a los frailes porque él necesitaba ese lugar como establo para su asno. Con humildad, Francisco y sus hermanos dejaron el refugio sin litigar y regresaron al que tenían en la Porciúncula, el que sería su hogar hasta el día de hoy.



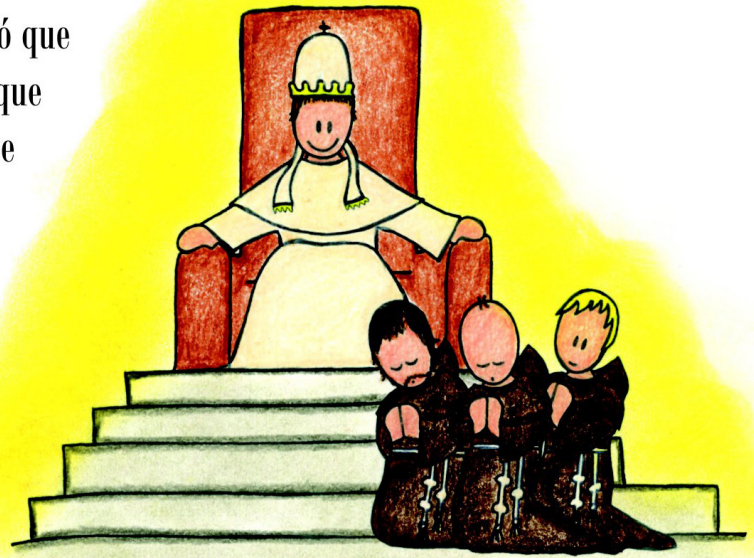
Cuando Francisco emprendió el camino de Jesús, nunca se imaginó que otros jóvenes lo seguirían. Pero sumaban ya doce frailes, el mismo número que los apóstoles. Francisco quería que el Papa autorizase su modo de vida y, por ello, la comunidad entera partió hacia Roma.



Allí coincidieron con el obispo de Asís, Guido, que se encontraba por aquellos días en la Ciudad Eterna. Francisco le confió los motivos por los que habían ido a Roma y el Obispo prometió ayudarles. Guido condujo a los frailes a la presencia de su amigo, el Cardenal Juan.



Cuando el Cardenal comprobó que los hermanos no mentían, sino que realmente vivían en pobreza, se comprometió con Francisco a conseguirles un encuentro con el Papa. Y así fue como, vestidos con sus pobres harapos, fueron recibidos por la asamblea de los Cardenales y por el Papa Inocencio III.



Ante el Sumo Pontífice, Francisco presenta su forma de vida y pide su aprobación. Antes de responder, el Papa decide discutir el asunto con los cardenales, muchos de los cuales se manifestaron convencidos de que este grupo de frailes no podrían vivir en la absoluta pobreza propuesta por el Evangelio. El Cardenal Juan, por su parte, discrepaba apasionadamente con este parecer.



Una noche antes de este segundo encuentro, el Papa tuvo el más insólito de los sueños: vio con terror cómo la madre de todas las iglesias, la Basílica de San Juan de Letrán, comenzaba a inclinarse. Cuando estaba a punto de derrumbarse, aparece un hombrecillo pobre, vestido con una túnica marrón, se acerca a la iglesia y apoya su espalda en los muros, sosteniéndola y devolviéndola a su estado anterior. El Papa Inocencio se dio cuenta de que Francisco era el hombre que había visto en su sueño.



Al día siguiente dijo ante la asamblea de Cardenales:

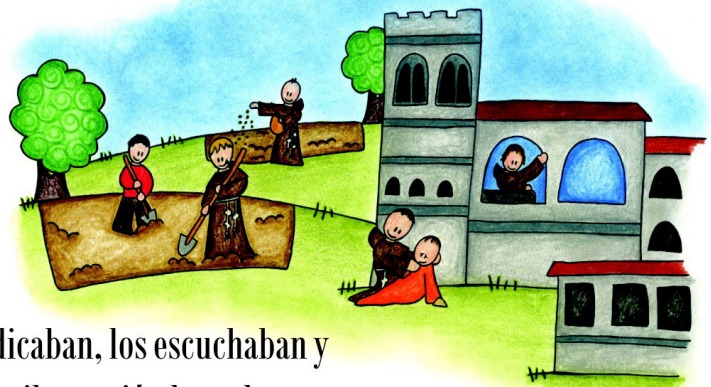
¡Este es el santo varón que renovará la Iglesia de Dios!



Entonces, abrazó a Francisco y a sus hermanos y los bendijo. Les autorizó a vivir en pobreza y simplicidad y predicar el Evangelio. Los hermanos despidieron al Santo Padre con una reverencia y regresaron a la Porciúncula llenos de alegría por el éxito de su misión.



Con el permiso del Papa y la aprobación del Obispo local, los frailes comenzaron a predicar en las iglesias del entorno de Asís. Ayudaban a los campesinos, y cuidaban a los enfermos y a los leprosos.



Como la gente veía que vivían lo que predicaban, los escuchaban y respetaban cada día más. Nuevos hermanos iban uniéndose al grupo: Maseo, Rufino, Junípero, Ángelo

y León, a quien Francisco llamaba

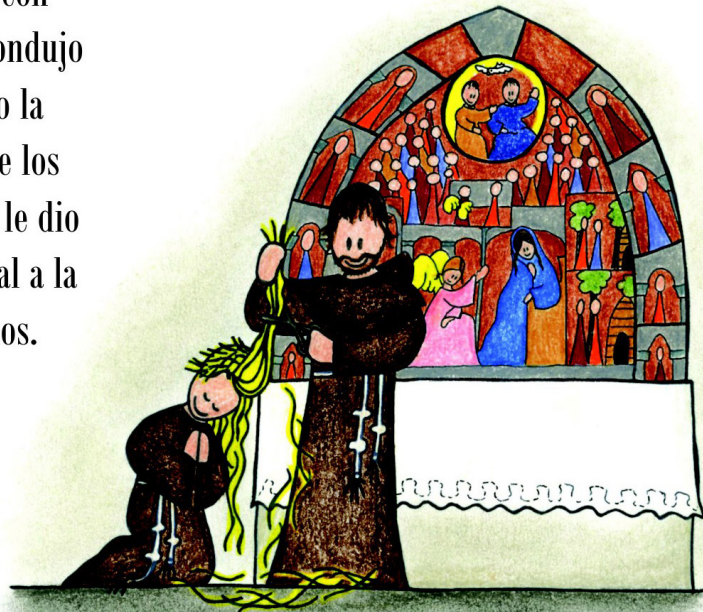
'cordero de Dios'. La predicación de Francisco, pero, sobre todo, su modo de vida entusiasmó también a una joven llamada Clara, de la noble familia de los Ofreduccio.





Aunque muchos jóvenes la pretendían como esposa, ella quería dedicar su vida a Dios, al igual que Francisco. Un domingo de Ramos, por la noche, cuando cumplía los dieciocho años, abandonó la casa paterna y se fue a la Porciúncula.

Los frailes la esperaban con antorchas y Francisco la condujo ante el altar donde, bajo la imagen de Santa María de los Ángeles, le cortó el pelo y le dio para vestir una túnica igual a la que vestían los hermanos.



A los parientes de Clara no les gustó, en absoluto, su obrar. Intentaron, por la fuerza, que volviera a casa, pero Clara se resistió.





Cuando, poco después, su hermana Inés se une a ella, sus parientes estallan de rabia. Sin embargo, todo su enfado fue vano pues las dos hermanas persistieron en su decisión. Francisco buscó un lugar donde Clara pudiera hospedarse y la llevó a la iglesia de San Damián que él mismo había reconstruido. Muchas otras jóvenes se unieron a Clara, por cuyo nombre pronto empezaron a llamarse 'hermanas clarisas'. Francisco y sus hermanos las visitaban a menudo y cuidaban de ellas.

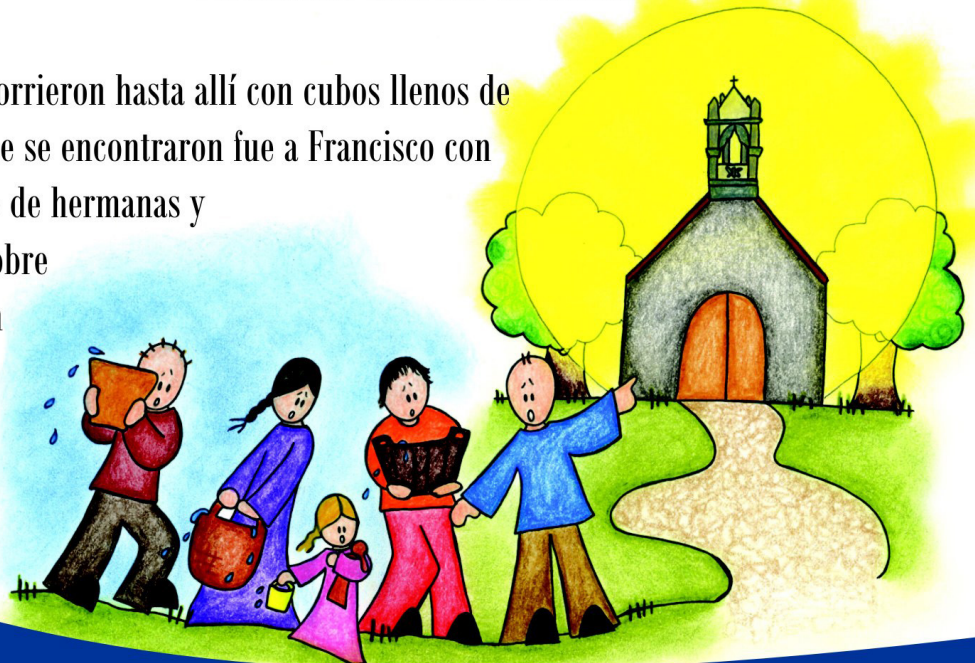
En una ocasión, Francisco estuvo largo tiempo sin visitarlas. Clara deseaba tanto oír su predicación que Francisco la invitó a que fuera a La Porciúncula. Llegó allí en compañía de una hermana y, cuando se sentaron para comer



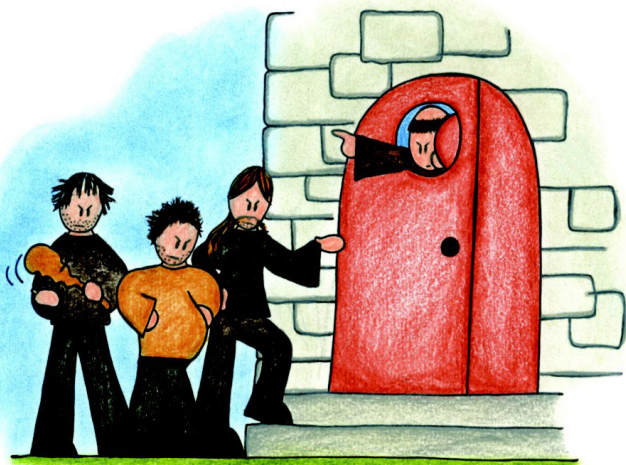
juntos, Francisco se sintió muy inspirado. Comenzó a hablar de Jesús con tanto ardor y amor que a gran distancia las gentes creyeron ver como si La Porciúncula estuviese en llamas.

Las gentes de Asís corrieron hasta allí con cubos llenos de agua, pero todo lo que se encontraron fue a Francisco con el pequeño grupo de hermanas y frailes hablando sobre

Dios tan apasionadamente que les pareció que estaban en un éxtasis.



Francisco hablaba siempre sobre el amor a Jesús. Contaba que este amor lo vivimos de un modo más completo cuando nos amamos unos a otros, respetamos a todas las criaturas y evitamos toda tentación y todo pecado.



Hablaba muchas veces condenando el pecado pero nunca al pecador. Animaba a los pecadores a abandonar cuantas cosas malas hacían para convertirse, para amar a Dios y vivir simplemente, según los Mandamientos. Ocurrió, una vez, que tres conocidos bandidos llamaron a la puerta del convento de Monte Casale y pidieron comida.

El hermano que abrió la puerta, Ángelo, los despidió de un modo grosero simplemente porque ellos eran conocidos por sus malas obras. Cuando Francisco volvió al convento y se enteró de lo ocurrido, le pidió al hermano Ángelo que fuera a buscar a los bandidos, les diera un poco de pan y de vino y les pidiera perdón por su mal comportamiento.



El hermano Ángelo hizo tal como Francisco le había dicho. Los bandidos se sorprendieron mucho de que el mismo hermano que antes los echara ahora los buscara. En ese instante, oyeron, por primera vez, la voz de su conciencia y reflexionaron sobre la vida que habían llevado hasta entonces.



Lamentaron profundamente su mal obrar y regresaron en busca de Francisco para pedirle que les aceptara entre sus frailes. Él vio que su arrepentimiento era sincero y los bandidos, ahora hermanos, comenzaron inmediatamente a hacer penitencia por sus pecados.



Francisco no quería predicar sólo con palabras. Para él era más importante la acción y el ejemplo y por eso la gente ansiaba imitarle. Por otro lado, Francisco no predicaba únicamente a las personas. En una ocasión, se encontraba con sus hermanos en un bosque cercano a Asís cuando se sintió tan asombrado por la belleza de todas las criaturas a su alrededor que comenzó a predicar a los pájaros.

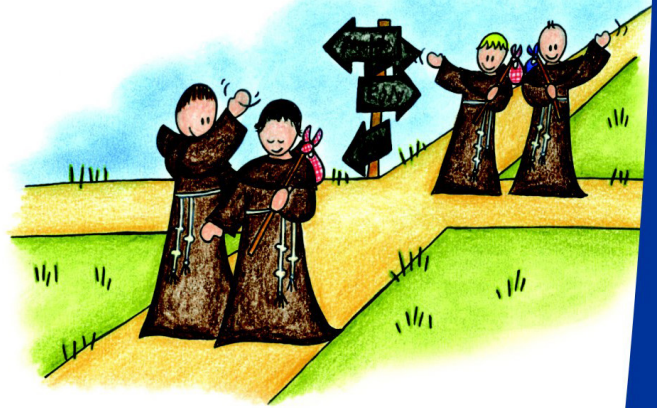
Al momento, aves de toda clase se reunieron en torno a él para escucharle. Cuando, al terminar, les da su bendición, volaron en todas las direcciones formando el signo de la cruz.





En otra ocasión los pájaros interrumpieron la predicación de Francisco, graznando y cantando tan fuertemente que la gente no podía escuchar una palabra de lo que Francisco contaba. Entonces, él se enfadó un poco y regañó a los exaltados pajarillos, los cuales callaron para que Francisco pudiera continuar la predicación. La gente quedó admirada por lo ocurrido.

Cada día, más jóvenes querían unirse a Francisco y a su Fraternidad porque se sentían movidos por su ejemplo. Francisco envió a sus hermanos, de dos en dos, a caminar de ciudad en ciudad para hablar a las gentes de Jesús y de Su Evangelio.



Él mismo quiso ir a Tierra Santa pero el barco en el que había zarpado fue arrastrado a Dalmacia por una tormenta, por lo que regresó a Asís. Otros hermanos partieron para tierras lejanas como Francia, Alemania, Hungría; pero, al no hablar estos idiomas, fueron mal comprendidos, golpeados, apedreados, desnudados e, incluso, tomados por herejes. Cuando los hermanos regresaron a Asís contaron a Francisco cuanto les había ocurrido.



Aquello puso triste a Francisco pero no lo desanimó. En adelante, él mismo visitó muchos pueblos e instó a los hermanos a continuar con esta misión.

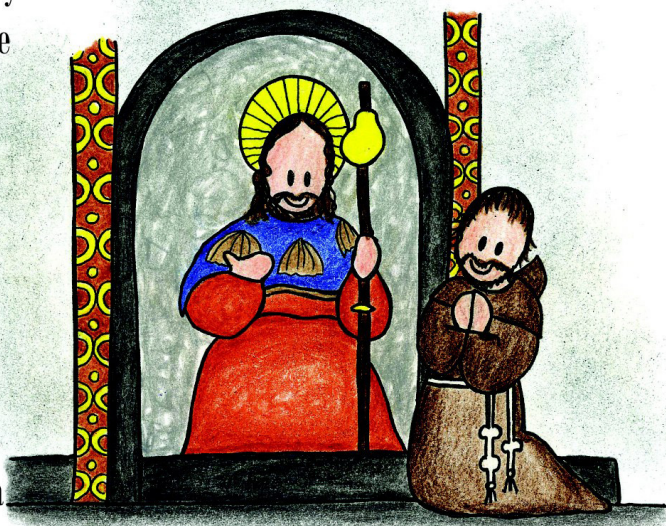
Francisco sentía la urgencia de anunciar el Evangelio a los creyentes musulmanes. Hasta él habían llegado noticias de una cruzada en España en la que los cristianos, con la bendición del Papa Inocencio III, luchaban contra el Emir de los Almohades, que tenía su capital en Sevilla. Francisco veía más fácil llegar a los musulmanes de Sevilla



que a los de Siria, dado que conocía la existencia de un camino transitado por gentes de toda Europa que llegaba hasta Santiago de Compostela.

Cuando Francisco llegó a Compostela, se dirigió al sepulcro del Apóstol. Allí, en medio de su oración, el Señor le reveló que su Orden se extendería por todo el mundo y que duraría hasta el final de los tiempos.

Pero la noticia de su santidad le había precedido y fue acogido por un carbonero, de nombre Cotolay, quien le ayudó a construir un pequeño convento, el primero de su Orden. Los monjes benedictinos quisieron regalarle un terreno pero Francisco, que no quería tener propiedad alguna, no aceptó el regalo aunque sí lo tomó en alquiler a cambio de una cesta de peces cada año. Quizás por enfermedad, quizás por el excesivo tiempo empleado en el viaje, Francisco regresó a Asís sin haber llegado a tierra de musulmanes.



Al pasar por la ciudad de Burgos, Francisco se encuentra con Fernando III, rey de Castilla y le presenta la Regla de su Orden y le confía cuanto el Señor le había revelado en Compostela. Maravillado, el rey le concede permiso para que sus frailes se asienten en todos sus dominios. Desde entonces, Fernando III será terciario franciscano y, con el tiempo, santo y patrono de la Orden Franciscana Seglar.

Al poco de regresar a Italia, Francisco se dirige a Roma para asistir a un Concilio. Allí se encuentra con un sacerdote español llamado Domingo de Guzmán, con el cual hace una gran amistad. Este fraile acababa de fundar la Orden de Predicadores, cuyos miembros fueron conocidos como 'dominicos'.



En la misma ciudad Francisco trabó otra gran amistad. Una viuda noble, de nombre Jacoba de Settesoli, admirada por la predicación de Francisco, invitó a todos los hermanos a visitar su casa. Francisco dio a esta mujer un nuevo nombre: fray Jacoba. Siempre que necesitaban ir a Roma, ellos podían hospedarse en casa de fray Jacoba.



El Hermano León era el compañero favorito de Francisco para sus viajes y el único a quien Francisco confesaba sus pecados.

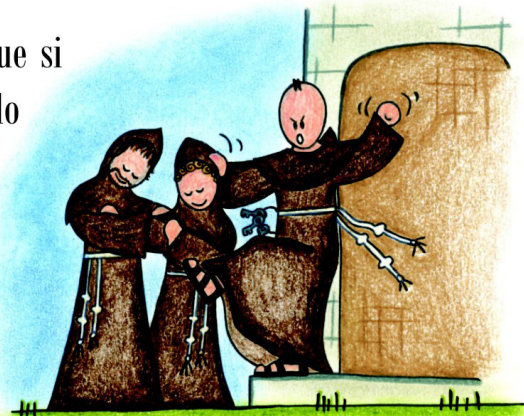


Un día lluvioso y frío en el que ambos iban de regreso a La Porciúncula, el hermano León estaba decaído. Francisco intenta

levantar su ánimo hablándole acerca de la verdadera alegría. Comienza a enumerar varias cosas que harían feliz a cualquier otra persona pero que no significaban nada para Francisco. Decía que aunque todos los frailes menores fueran ejemplo de santidad, capaces de curar a ciegos, sordos y paralíticos; aunque resucitasen a los muertos, tuvieran una perfecta educación y una profunda espiritualidad, conocieran todos los secretos de la naturaleza y supieran predicar de modo que convirtiesen a todos a la fe cristiana, nada de esto es la verdadera alegría.



El Hermano León estaba muy confuso porque pensaba que si todas estas cosas ocurrieran de verdad, sería como ver el cielo en la tierra. Francisco continuó contando su historia para explicarse más claramente: si ellos mismos llegasen a la Porciúncula hambrientos, cubiertos de fango, empapados por la lluvia y helados de frío y el hermano portero, al no reconocerles, les cerrara la puerta; si ellos soportaran esa injusticia con serenidad y con intención de perdonar más que de reclamar justicia, esto sería la verdadera alegría.



El hermano León aún no comprendía a dónde quería llegar Francisco, así que éste le explicó que la verdadera alegría está en que una persona no quiera tomar venganza de ninguna injusticia que haya sufrido y en que sea capaz de vencerse a sí misma y soportar todo con serenidad, como Jesús ha soportado por nosotros el martirio de la cruz. Entonces, por fin, fray León comprendió qué era la verdadera alegría.



En otra ocasión, Francisco y León iban hacia el castillo de Montefeltro, donde los caballeros se preparaban para un gran torneo.





Fueron convocados a este torneo muchos caballeros y nobles con sus damas. Francisco, que en otro tiempo había soñado con ser caballero, sabía cómo dirigirse a esta gente. Después de la misa, se sentó sobre la escalera del castillo y comenzó a hablar. Todo el mundo le escuchaba:

“Un caballero que quiere conquistar el corazón de una joven dama está deseando hacer algo por ella. Está dispuesto a pasar las pruebas que haga falta y a sufrir para agradar a su amada. El recuerdo de ella y de su abrazo le ayuda a superar incluso el más extremo de los esfuerzos. Si esto es lo que un caballero es capaz de hacer por servir a una dama, ¡cuánto más debería hacer por servir a Dios! Debemos luchar como caballeros en Su honor contra todo pecado e injusticia. Un caballero recibe de Dios mucho más de lo que recibe de una dama: en el Sacramento de la Eucaristía nosotros recibimos a Dios mismo y en él la vida eterna. Esta es la clase de caballeros que nosotros debemos ser”



Todos los presentes se sintieron conmovidos por sus palabras, sobre todo el Conde Orlando. Él sabía que a Francisco le gustaban los lugares solitarios para poder rezar en silencio y por eso le entrega como regalo la montaña de La Verna. Francisco acepta con mucha alegría este regalo.



El ejemplo de Francisco movió el corazón de muchos hombres y mujeres, de todas las edades, a seguir a Jesús. Venían para verle y querían quedarse con él.

Muchos de ellos

estaban casados pero

querían llevar el mismo estilo de vida de Francisco. Por inspiración de Dios, Francisco comprendió que todo el mundo tenía derecho a seguir a Jesús, tanto casados como solteros y sea cual fuera su ocupación. Aquellos que deseaban consagrarse a Dios en obediencia, pobreza y castidad podían unirse a la fraternidad de Francisco o a la de Clara.

Todo el mundo, rico o pobre, culto o sin estudios, el casado, el soltero, el sacerdote, o la viuda podía unirse a la Tercera Orden, también conocida como la Orden Seglar Franciscana.

Aún hoy, los que se unen a este grupo de hermanos y hermanas de Francisco viven en sus casas, mantienen sus trabajos y, por encima de todo, viven con amor y en paz los unos con los otros, a ejemplo de Francisco.



En otra ocasión, Francisco se dirige a la ciudad de Gubbio. Allí, lo rodea un grupo de vecinos que están aterrorizados.



Le cuentan que un lobo malvado, que vive en las afueras de la ciudad, ataca a la gente y a los animales y tiene al pueblo en un estado de miedo constante.



Francisco, que era un hombre de paz, decide poner fin a esta situación con la ayuda de Dios. Así que sale de la ciudad en busca de la guarida del lobo y la gente lo sigue a distancia. Cuando llega allí, un lobo feroz se coloca frente a él, aullando fieramente.



Pero Francisco permanece tranquilo y se dirige al animal llamándole "hermano Lobo". El lobo, sorprendido por su gesto amistoso, se queda inmóvil como si hubiese comprendido sus palabras. Francisco le reprocha sus agresiones y le manda comportarse mejor en el futuro; a cambio, le promete que los habitantes de Gubbio le traerán el alimento necesario para cada día. El lobo, ahora manso como un cordero, se acercó a Francisco y le ofreció su pata a modo de saludo.



El animal, en los siguientes dos años que vivió, protegió a la gente de la ciudad en agradecimiento por la comida y el cariño que recibía de ellos.



A través de toda Italia viaja la noticia del estilo de vida de Francisco, incluso allí donde él nunca había estado. En muchos pueblos la gente le saluda gritando: "¡Mirad, el santo!"

Pero Francisco no quiere esa fama. En ocasiones así, él siempre pedía a las gentes que dieran gloria y alabanza a Dios y no a él, ya que se consideraba un pecador como todos los demás, o peor.



Algunas veces, Francisco se sentía atormentado por toda clase de tentaciones. Una noche de frío invierno se vio tentado de abandonar este modo de vida

y formar una familia. ¡Francisco salió corriendo de la cabaña, se arrojó a la nieve e hizo, con ella, siete figuras! Y se dijo a sí mismo: "Estos son tu esposa y tus hijos. Dales comida y vestidos, ¡si tienes! ¡Oh, tú no puedes dárselos! ¡No? Entonces, ¡alégrate de servir solamente a Dios!"

Otro día, en La Porciúncula, se sintió afligido por el mismo pensamiento. Para alejar la tentación, se lanzó sobre unos rosales que, en ese preciso momento, perdieron sus espinas...

Aún hoy crecen sin ellas.



La sinceridad de Francisco sobre su propio pecado y sus tentaciones lo hizo aún más popular entre la gente.

Día a día, la Fraternidad iba haciéndose mayor en número y los hermanos organizaban encuentros donde hablaban de su modo de vida y de sus trabajos. Estas reuniones tenían lugar en La Porciúncula cada año, por la fiesta de Pentecostés, y se llamaban Capítulos.



Un Capítulo es un encuentro de todos los hermanos para rezar, hablar y progresar en su proyecto de vida. Cada año más y más hermanos venían, y Francisco estaba preocupado. Sentía que la Orden se estaba escapando de sus manos. Después de todo, él no había tenido la intención de comenzar una Orden de hermanos que se extendieran por el mundo. Pero el Señor Todopoderoso le había dado hermanos, muchos hermanos, y Francisco no sabía cómo continuar. Por la noche, tuvo un sueño en el que una pequeña gallina oscura tenía tantos polluelos que no podía juntarlos a todos bajo sus alas.



Cuando se despertó, comprendió que él era esa gallina y que no podría tener cuidado de todos sus hermanos, como lo había tenido cuando eran poquitos. El único modo de proteger y de tener a todos los hermanos unidos en el Señor era entregándoselos a la protección de la Iglesia. Para conseguirlo, necesitaban a alguien que hablara en su nombre, un representante y protector. Ellos escogieron al Cardenal Hugolino que había ayudado a Francisco y a sus hermanos en otras ocasiones con la organización de la Orden.



Aunque Francisco era un hombre simple y sin estudios, en comparación a los doctores y profesores de diferentes universidades que habían entrado en la Orden, él no dejaba de instar a sus hermanos a vivir una vida sencilla y a servir al pobre y al que sufre injusticias.



Los Frailes Menores debían permanecer siempre pobres y nunca afanarse por conseguir riquezas o reconocimiento de la gente. Por esto se les llamaba Hermanos Menores. Francisco también pidió a sus hermanos que respetaran a la Iglesia y que honraran a cada uno de sus sacerdotes, porque ellos son los que tienen el poder de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

Al término de uno de los Capítulos de Pentecostés los hermanos partieron hacia nuevas misiones. Algunos fueron a Francia, otros a Grecia, algunos a Túnez y Marruecos, tierra de los Sarracenos. Cinco de los hermanos, dirigidos por el Hermano Berardo, viajaron a España, hasta Sevilla, que por aquellas fechas era tierra musulmana. Ellos pretendían traer el Evangelio a los sarracenos pero las autoridades les prohibieron predicarlo.



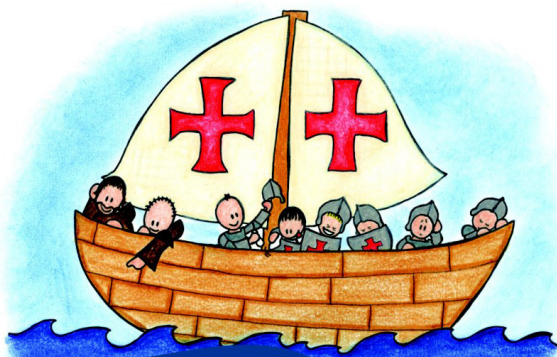


Los frailes no obedecieron y continuaron predicando, por lo que fueron encarcelados y después desterrados a Marruecos. Allí volvieron a predicar pero esta vez fueron capturados, torturados y martirizados en la ciudad de Marrakech. Cuando la noticia de su muerte llegó a Francisco, él se emocionó profundamente por el valor y el sacrificio de los cinco compañeros y exclamó: “¡Ahora sí que tengo cinco verdaderos hermanos!”



Este suceso y el ejemplo de estos cinco frailes también impresionó a un joven sacerdote portugués llamado Fernando, que les había oído predicar en su ciudad, Coimbra, cuando viajaban hacia el sur. Fernando se unió a los Frailes Menores y tomó el nombre de Fray Antonio.

Cuando Antonio llegó a ser un famoso predicador y profesor en la Universidad de Bolonia, Francisco le escribió una carta. Aunque Antonio de Padua tenía estudios y era más culto que Francisco, siempre se mantuvo humildemente leal a él.

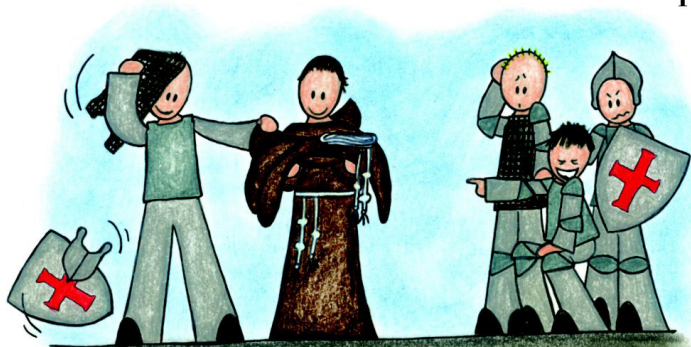
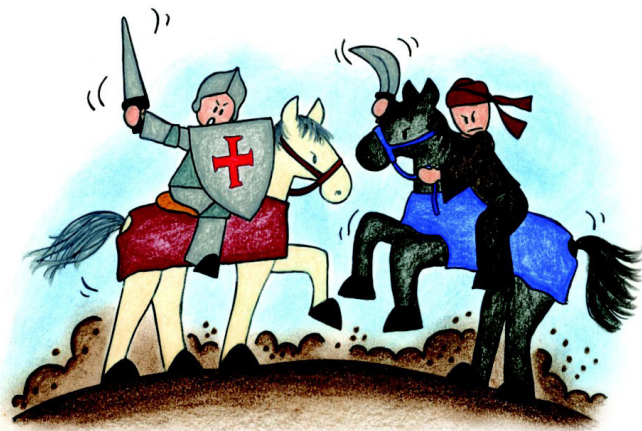


Saludos al hermano Antonio del hermano Francisco. Me alegro de que enseñes teología a los hermanos. Sólo te pido que también los animes a orar y a ser santos.

Fran

Tras la muerte de los primeros hermanos a manos de sarracenos, Francisco se propone, una vez más, viajar a Tierra Santa.

Él y Pedro Catani se unen a una expedición de los Cruzados. La intención del ejército era usar la fuerza para liberar del poder sarraceno los lugares donde Jesús vivió y predicó.



Francisco no estaba de acuerdo porque él quería llevar a esas gentes la paz y no el odio, sin importar de qué nacionalidad o religión fuese cada uno. Algunos de los Cruzados estaban de acuerdo pero la mayoría de ellos lo ignoraban y se burlaban de él.

Llegó el día en que los sarracenos capturaron a Francisco y lo hicieron prisionero. Ante la insistencia de Francisco, los guardias finalmente lo llevan a ver al Sultán.



El Sultán Melek el Kamel escucha en silencio cómo aquel sencillo fraile le habla acerca del amor y la paz entre todas las gentes. Se da cuenta de que Francisco es un hombre bueno que no debe ser maltratado.



Acepta a Francisco como un hombre santo, pero decide permanecer fiel a su propia religión, el Islam. En compensación, quiere hacer un regalo a Francisco pero éste lo rechaza todo. Lo único que quiere aceptar del Sultán es un documento escrito que permita a Francisco y a sus hermanos predicar en todos los dominios de los sarracenos. Francisco predica por toda la Tierra Santa antes de regresar a La Porciúncula, donde nuevos problemas le aguardaban.



Habían entrado en la Orden ya tantos hermanos que no podían organizarse como al principio, cuando eran una docena en Rivotorto. Era necesario pensar en nuevas normas que mantuviesen unido al grupo. Con la ayuda del hermano Césareo de Espira, Francisco comenzó a escribir una Regla en la cual se proponía prescribir la forma de vida religiosa para él y sus hermanos.



Nada más terminar de redactar la Regla, la presentó a los cinco mil hermanos reunidos en el "Capítulo de las Esteras", llamado así porque los frailes se sentaban y recostaban en esteras y dormían en pequeñas chozas hechas de juncos y paja.



*En cuanto a mí,
sólo conozco a
Jesucristo, el
crucificado, y es
todo cuanto
necesito saber.*



Algunos hermanos protestaron a Francisco, diciendo que la Regla era demasiado severa e imposible de vivir. Recientemente habían entrado en la Orden muchos hombres con estudios, que necesitaban libros para poder enseñar en las escuelas o Universidades. Francisco no se oponía a los libros ni a los estudios, pero sí a la vanagloria y a la soberbia de muchos de aquellos hombres cultos que se creían más importantes que los demás a causa de sus conocimientos. Francisco quería que todos sus hermanos, doctos o sencillos, fueran humildes y entregados a Dios.

Como no quería crear división entre los frailes, comprendió que, para buscar la paz, debía escribir otra Regla donde tuvieran cabida todos los hermanos.

Acabado el Capítulo, los frailes se quedaron en La Porciúncula durante dos días más. Aún tenían comida para todos de tanto que les habían traído las gentes de Asís.



Poco tiempo después, Francisco y León fueron a Fonte Colombo para redactar una nueva Regla de vida. Francisco meditaba en su oración las palabras de la Regla que luego dictaba a fray León y que éste escribía al pie de la letra.



Algunos hermanos volvieron a discrepar con esta nueva redacción de la Regla, pero la mayoría, incluido el Cardenal Hugolino, estaba de acuerdo con su contenido. Francisco quería que, por medio de esta Regla, todos los hermanos quedaran bajo la protección de la Iglesia, de modo que se presentó ante el Papa Honorio III y obtuvo de él la aprobación de la Regla. Era el año 1223.



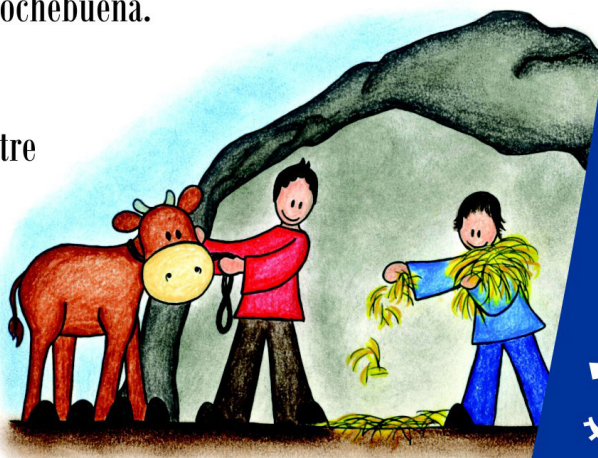
Nada más llegar a Roma, visitó también a Fray Jacoba que, al verlo, saltó de alegría. Francisco le entrega como regalo un pequeño cordero que había rescatado de las manos de un campesino, justo en el momento en que éste iba a sacrificarlo.



De regreso a Asís, se detiene en Fonte Colombo para visitar a los hermanos. Es tiempo de Adviento, días antes de la fiesta de Navidad, y Francisco decide celebrar esta fiesta de un modo diferente a otros años. Un amigo, Juan Vellita, que vivía en un pueblo cercano llamado Greccio, era dueño de una propiedad con una pequeña gruta. Francisco le pide celebrar allí la Nochebuena.



Juan está feliz de ayudar a Francisco y entre los dos transforman la gruta en un pequeño establo donde llevan un buey y un asno.





El pesebre que habían construido sirve como altar sobre el cual fray León celebró la Eucaristía. Muchas personas, de pueblos cercanos y lejanos, asistieron a esta santa misa, con antorchas en las manos, como los pastores de Belén: van a adorar al niño, en la santa noche de su nacimiento.

Vestido de diácono, Francisco proclama el Evangelio y luego habla sobre el nacimiento de Jesús. Y en esto, ocurre un milagro: Juan divisa, sobre el pesebre, a un bebé recién nacido.



Francisco toma en brazos el bebé y éste se despierta. Juan comprende el milagro y lo explica así: con su palabra y con su vida, Francisco despierta, en el corazón de la gente, un amor verdadero por Jesús. La gente se fue a casa experimentando ese milagro dentro de su corazón.

Un estilo de vida tan austero, con tanto ayuno, viviendo en pobres cabañas o en húmedas grutas le causa a Francisco numerosos problemas de salud. Tras su regreso de Tierra Santa, padece una enfermedad crónica en sus ojos que le llega a causar ceguera ocasional.



Pero Francisco no se deja vencer por la enfermedad. Lo que realmente le hacía sufrir era que muchos de sus hermanos rechazaran vivir en la pobreza evangélica y en la simplicidad, como él mismo procuraba vivir y como estaba escrito en la Regla. Pero todo lo que Francisco podía ofrecer a sus hermanos rebeldes era su propio ejemplo.



Estas discusiones le causaban gran dolor, sobre todo porque él quería dedicar todas sus fuerzas a alcanzar la paz entre las gentes, consigo mismo y con Dios. Francisco era capaz de obtenerla sólo mediante la obediencia y la renuncia a su propia voluntad. Sabía que la discordia es causa de soberbia y de obstinación. Estaba convencido de que esta paz se podía alcanzar por medio de la oración y de la alegría, no la alegría que nace en la diversión vacía de la juventud, sino la auténtica alegría de vivir y disfrutar de todas las cosas que el Creador ha puesto en nuestras manos.



En los momentos en que estallaba de alegría y felicidad, comenzaba a cantar en francés, la lengua de su madre. Y algunas veces sus hermanos le veían usar dos palos imitando a un violinista para expresar sus sentimientos.





Los hombres que están tan cerca de Dios a menudo son los que más frecuentemente se ven tentados por el diablo. A veces, cuando Francisco rezaba a solas en una gruta o en alguna de las capillas, tenía la sensación de que el diablo se movía detrás de su espalda y echaba una ojeada a su libro de oración.

El Maligno también lo atormentaba durante sus noches sin sueño y le susurraba malos pensamientos al oído.

Muchas veces ocurría que los hermanos encontraban a Francisco pálido, confuso y agotado a la mañana, debido a su lucha con el maligno. Pero siempre animaba a los frailes a no tener miedo de las tentaciones y a enfrentarse a ellas porque sabía que quien supera la prueba de la tentación se sentirá después más cerca de Dios.



Te adoramos, Santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que hay en el mundo y te bendecimos porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

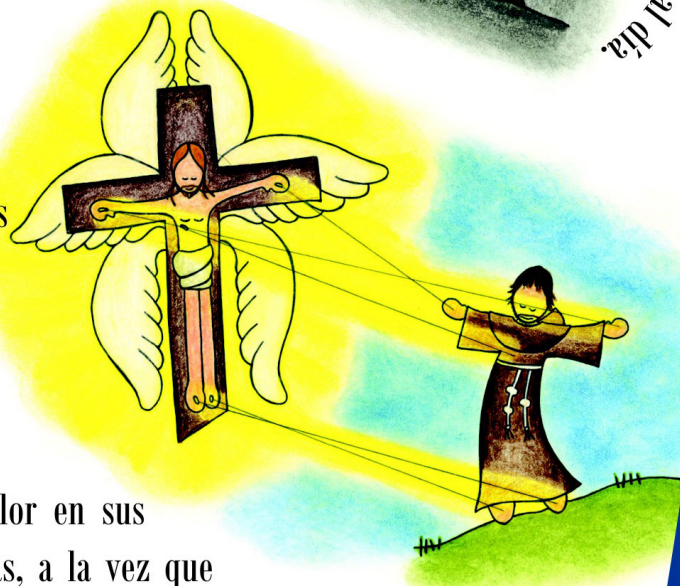


Por esto Francisco amaba tanto la Cruz. Su experiencia de conversión tuvo lugar ante el crucifijo de San Damián. A menudo, Francisco meditaba sobre la pasión de Cristo y siempre animaba a los hermanos a entrar en las iglesias para adorar a Jesús con una breve oración.

Cada vez que Francisco encontraba por el camino dos ramitas cruzadas se acordaba de la Cruz y veneraba con respeto este signo de nuestra salvación. Al final de su vida, Francisco experimentó todo el dolor y toda la dicha de la Cruz. En el verano de 1224 se dirige al monte La Verna, el que le había regalado el Conde Orlando, acompañado de cuatro de sus hermanos: León, Ángel, Maseo y Silvestre. En paz y en silencio, Francisco se dedica completamente a la oración. Permanece solo, un día entero, en una gruta alejada.



En la fiesta litúrgica del *Triunfo de la Santa Cruz*, Francisco recibe una gracia extraordinaria. Mientras, en la oscuridad de la madrugada, rezaba a la entrada de la gruta, se le aparece un Serafín, un ángel con seis alas. Francisco reconoce en él a Jesús crucificado. Cinco rayos de luz que brotan de las heridas de Cristo en manos, pies y costado dejan marcadas cinco señales sobre el cuerpo de Francisco.



Al instante, Francisco sintió dolor en sus cinco heridas, a la vez que

una inmensa alegría. Le había pedido a Jesús estar cerca de Él, en el sufrimiento y en el amor a todos los hombres. Estas cinco heridas se llaman estigmas. Francisco trató de ocultarlos de la vista de sus hermanos pero éstos pronto se enteraron.



El hermano León temía perder a su amigo Francisco, pues lo veía en muy enfermo. Francisco, que conocía el temor que Fray León guardaba en su corazón, le escribe a él, corderillo de Dios, una bendición sobre una pequeña hoja de papel y la firma simplemente con el signo TAU, un trazo al que Francisco tenía especial cariño porque le recordaba la forma de la cruz.



Francisco debía regresar a La Porciúncula pero tan débil como estaba, apenas podía andar, por lo que deciden llevarlo montado en un asno. Por el camino, muchas gentes vienen a encontrarse con él y muchos lo tratan ya como a un santo.

En el camino hacen una parada en la enfermería de los leprosos, donde unos frailes cuidaban de ellos. Uno de los frailes se queja ante Francisco por la actitud de uno de los leprosos, a quien la enfermedad había transformado su carácter volviéndolo tan arisco que solía golpear o maldecir a los frailes.



Francisco se acercó al leproso y le preguntó qué podía hacer por ayudarlo. El leproso le pide que le limpie sus úlceras y Francisco así lo hace, ¡con una sonrisa en el rostro! De pronto, las llagas del enfermo comienzan a desaparecer. No sólo queda limpio el cuerpo de aquel hombre, sino también su alma y éste lamenta su mal comportamiento y pide perdón a los hermanos. Todos dan gracias a Dios por el milagro que había ocurrido ante sus ojos.



Francisco continúa su viaje a Asís. Los frailes lo llevan a San Damián y acceden a la petición de Francisco de construirle una pequeña cabaña cerca del convento de las hermanas pobres, llamadas también Clarisas. Sus males continuaron aumentando en número y en gravedad y, como estaba casi



ciego y agotado de tanto ayuno, la hermana Clara se liberó de toda otra ocupación para atenderlo y cambiarle las vendas. Como si la enfermedad y las condiciones de vida de Francisco no fueran ya bastante difíciles de soportar, una colonia de ratones invadió su cabaña. Por las noches le mordían la cara y los pies. Sin embargo, Francisco nunca perdió su serenidad, al contrario, cantaba y alababa a Dios continuamente.

*Altísimo, Omnipotente, Buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria
Y el honor y toda bendición.
A ti sólo, Altísimo, corresponden y ningún
hombre es digno de hacer de ti mención.*

*Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente por mi señor, el hermano Sol,
el cual es día y por el cual nos alumbras.
Y es bello y radiante, con gran esplendor:
de ti, Altísimo, lleva significación.*

*Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y
las estrellas; en el cielo las has formado
luminosas, preciosas y bellas.*

*Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo
tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.*

*Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y
casta. Loado seas, mi Señor, por el hermano
fuego, por el cual alumbras la noche: y es
bello, y alegre, y robusto, y fuerte.*

*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la
madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y
hierbas.*

Poco tiempo antes de su muerte compuso el *Cántico de las Criaturas*, una alabanza a Dios por el hermano Sol, por la madre Tierra, por las Estrellas, por el viento y por todo cuanto existe.

Cuando dirigir a tantísimos hermanos se hizo una tarea demasiado dura para Francisco, el hermano Elías es nombrado Ministro General de la Orden. Éste quiso llevar a Francisco a Roma, para que sea atendido por los médicos del Papa. De camino, hacen una parada en Rieti, en la iglesia de San Fabián. Cuando la gente tiene noticia de que Francisco está allí, vienen muchedumbres para verlo.

Las gentes, hambrientas, comían de las uvas de un viñedo, propiedad del sacerdote que atendía la iglesia de San Fabián.



El sacerdote se enfadó mucho con Francisco pues, por su culpa, la cosecha de vino sería muy pobre ese año . Pero Francisco le prometió que sería como todos los años.

Cuando llegó el momento de la cosecha, el sacerdote de San Fabián recogió la misma cantidad de uva que las cosechas anteriores y alabó a Dios por tal milagro.



Los médicos del Papa atienden a Francisco en Rieti, pero la enfermedad había cobrado tanta fuerza sobre su cuerpo que poco se podía hacer ya por él.

Ellos trataron de curarle la vista quemando con hierro candente sus sienas. La cura no dio ningún resultado. Los médicos aconsejan trasladarlo a una ciudad con un clima más moderado pero Francisco se empeña en regresar a Asís, su ciudad natal. Como todo el



mundo ya reconoce a Francisco como a un santo, los habitantes de Asís temen que los de Perugia puedan robarles a su santo, por lo que ponen a Francisco un grupo de soldados como escolta hasta el palacio del Obispo.

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación. Bienaventurados aquellos que las sufren en paz, pues por tí, Altísimo, coronados serán.



Cuando, poco después, Francisco se entera de que el obispo y el alcalde tienen un litigio entre ellos, le invade la tristeza y añade una estrofa más a su *Cántico del hermano Sol*.

Invita a ambos, al obispo y al alcalde, a venir con él a la plaza de Asís, la misma plaza donde años atrás Francisco se había desprendido de sus ropas y había renunciado a los bienes de su padre. Los hermanos León y Ángel cantan el nuevo verso a todos los presentes y ambos mandatarios, conmovidos, se piden perdón mutuamente y se reconcilian al instante. Francisco, el heraldo de Dios, consigue, de nuevo, su propósito de paz.



Pero los días de Francisco se acercan al final. Él era muy consciente de esto y estaba preparado para recibir a la hermana muerte. De su corazón brota una última estrofa para su *Cántico de las Criaturas*.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar. ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal! Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad, pues la muerte segunda no les hará mal.



Quiere que los hermanos León y Ángel se la canten,
una y otra vez, durante sus últimas horas de
vida. Él no se sentía a gusto en el palacio del

Obispo y pidió que le llevaran a casa, a La
Porciúncula. Francisco es trasladado por sus
hermanos y acompañado por una multitud de
gente de Asís. Llegados a la llanura, a las afueras de

Asís, pide a los hermanos que hagan una parada. Él mira

fijamente su ciudad con ojos enfermos y la bendice con el signo de la cruz.



Todos los frailes se reúnen alrededor de Francisco,



tristes por la inminente pérdida de su padre y hermano.

En sus últimos momentos, Francisco es sorprendido por
una visita inesperada: Fray Jacoba ha venido desde Roma
para ver a su amigo por última vez. Ella le trae un
nuevo hábito y los pastelitos de almendra que más le
gustaban a Francisco.



Francisco pide a sus frailes que lo entierren
desnudo, para llegar ante el Señor sin
posesión alguna. Bendice a sus hermanos
por última vez y comienza a recitar el salmo
142. Terminado el último verso, Francisco
abandona esta tierra y se une a su Padre en
los cielos la tarde del 3 de octubre de 1226.





Las alondras también cantaron su última canción para él y sus hermanos quedaron desconsolados por la tristeza.

Pero la tristeza se convierte en felicidad cuando las multitudes comienzan a

llegar a La Porciúncula proclamando: “¡Es un santo!”

Un inmenso cortejo fúnebre con candelas encendidas y ramas de olivo parte de La Porciúncula caminando hacia la ciudad de Asís.



Todos se paran frente al convento de San Damián para que Clara y sus hermanas puedan despedirse de Francisco.

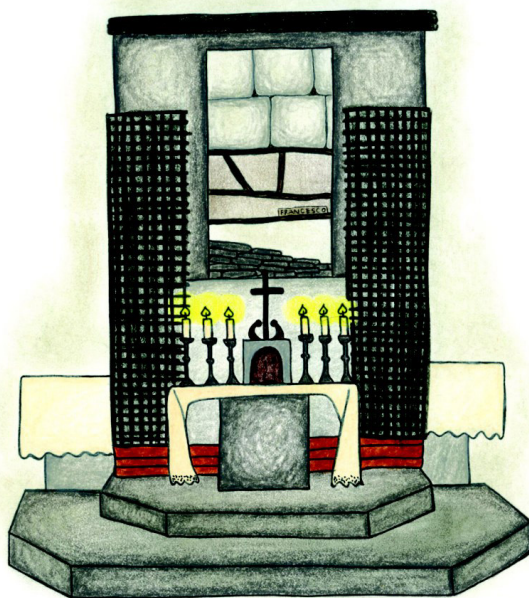
Después, el santo de Asís es llevado a la iglesia de San Jorge, donde es enterrado.



En 1227, un año después de su muerte, el Cardenal Hugolino es elegido Papa y toma el nombre de Gregorio IX. Y dos años más tarde de la muerte de Francisco, el nuevo Papa proclama 'Santo' a su amigo.



El hermano Elías proyecta los planos de una nueva iglesia en honor a San Francisco, en el lado oeste de Asís. El edificio se termina de construir en 1230. Los habitantes de Asís traen el cuerpo de San Francisco a esta iglesia donde reposa en una tumba de piedra hasta el día de hoy.



Desde aquel día, muchos peregrinos han visitado Asís y se han encontrado con Cristo en este lugar.



Pero no es sólo su sepulcro lo que atrae a los peregrinos: cautiva a la gente, además, el silencio de La Porciúncula y la austeridad de la iglesia de San Damiano, rincones donde aún se respira la misma paz que Francisco encontró, lugares que dieron a su corazón el poder de extender, con cada latido, el amor a Jesús.



*En una pequeña ciudad de Italia, llamada Asís,
comenzó la historia de Francisco, cuya vida,
fascinante y sencilla al mismo tiempo,
cautivó a cercanos y lejanos, jóvenes y adultos, pobres y ricos.
Acércate al corazón de San Francisco y recoge el amor,
la alegría y la humildad que, desde hace 800 años,
comparte con todas las criaturas.*

Fraydino@yahoo.es

